

tados-Unidos, «para ser instruida en los mismos principios de «religion que profesaban sus antepasados cuando existia la mision de san Ignacio.» Y no solamente entre las tribus canadienses se vuelve á despertar este recuerdo de los tiempos pasados, que afecta en lo mas íntimo del alma á los pueblos, cuya primitiva sencillez no ha sido turbada por las revoluciones; si que tambien los católicos de la América meridional hacen oír un voto idéntico, que resuena desde la Luisiana á la Nueva-Granada. Unidos todos estos pueblos en un mismo sentimiento de gratitud y de esperanza, exigen del Instituto religioso que civilizó á sus padres, que pase á enseñar á sus hijos los deberes del cristiano y del ciudadano.

Los monarcas de Europa, que en un momento de debilidad á que siguieron tantos otros todavía mas deplorables, consumaron la ruina de la Sociedad de Jesús, rompieron con esto la cadena que enlazaba el Nuevo-Mundo con el antiguo, de quien era tributario: y á pesar de todo esto el Nuevo-Mundo, libre y republicano en la actualidad, no acepta las preocupaciones ó los odios convencionales que fermentan en Europa contra el Instituto de Ignacio. Recordando los servicios que ha prestado á este Nuevo-Mundo creado por sus afanes, llama á los Jesuitas para que continúen prestándolos idénticos en otro orden de ideas. Verdad es que todos estos pueblos, sacados de la barbarie por los misioneros, tienen intereses distintos, pasiones y miras opuestas; pero, desde la cumbre de las Montañas Berroqueñas hasta el mar de los Caribes, desde la India hasta el Paraguay, todos ellos se confunden en un mismo deseo; todos caminan contra el torrente de las revoluciones para ofrecer á la juventud y á la edad madura los guias espirituales cuya fe experimentaron sus antepasados, y de cuyo celo y ciencia tratan de aprovecharse.

CAPITULO XXXIV.

Situacion de los ánimos en Europa. — Los Jesuitas frente á los enemigos del orden social. — Propónense todos como un objeto primario la destruccion de la Compañía de Jesús. — El marqués de Pombal en Lisboa. — Su carácter. — Protégente los Jesuitas. — Domina en el ánimo del débil José I. — Sus medidas y arbitrariedad. — Consigue dominar al Monarca alarmando su apocado ánimo con quiméricos complots. — Llega por fin á comprender que para quedarse dueño del campo es preciso alejar á los Jesuitas. — Trata de emancipar al Soberano de los Padres del Instituto. — Destierro de los PP. Ballister y Fonseca. — Causas de este extrañamiento. — Monopolio administrativo. — Terremoto de Lisboa. — Valor de Pombal y de los Jesuitas. — Caridad del P. Malagrida. — Deja el Monarca sus prevenciones contra la Sociedad. — Marcha Pombal al lado de la secta enciclopédica sin estar de acuerdo con ella. — Diferencia de los planes de ambos. — Sueña Pombal establecer en Portugal una especie de religion anglicana. — Ataca á la Compañía de Jesús en sus misiones. — Tratado de comercio entre España y Portugal. — Las siete reducciones del Uruguay, y la colonia del Santo Sacramento. — Motivos de este cambio. — Las minas de oro de los Jesuitas. — Encargan ambas cortes á los Padres la mision de preparar á los neófitos á la emigracion. — Obedecen al mandato á riesgo de arruinar el cristianismo y con él su popularidad. — Acúsanles de sublevadores de los indios. — Concesiones que vienen á hacerse funestas. — Compromételos su obediencia en ambos campos. — Insurrecciónanse los neófitos. — Proscripcion de los Jesuitas en el Marañon. — Son derrotados los indios á causa de su desunion. — Expulsion de los Jesuitas. — Empiézanse las investigaciones para encontrar minas de oro. — Cercióranse hasta la evidencia de que jamás han existido tales minas. — Hácese Pombal folletinista contra los Jesuitas. — Los monarcas españoles Fernando VI y Carlos III mandan quemar su obra. — Ceballos y Gutierrez de la Huerta. — Las autoridades españolas disculpan á los Jesuitas. — Hacen el elogio de las colonias del Paraguay. — La timidez de los Jesuitas alienta á Pombal. — Exige de Benedicto XIV un breve de reforma. — Este Pontífice y el cardenal Passionei. — El capuchino Norberto protegido por Passionei. — El comercio de los Jesuitas en el Paraguay y en las misiones. — Á qué se reducía este tráfico. — Apruébale Felipe V por un edicto. — Figúrasele á Pombal que los Jesuitas han declinado de su Instituto. — Pretende conducirlos á él. — Déjase violentar Benedicto XIV, y al morir firma el rescripto de visita y de reforma. — El cardenal Saldanha y Pombal. — Son echados de la corte los Jesuitas confesores del Rey y de los Infantes. — Mándanles el provincial Enriquez y el General de la Orden que guarden silencio y obedezcan. — Muerte de Benedicto XIV. — Ejerce Saldanha unos poderes caducados. — Condena

á los Jesuitas como convencidos de comercio ilícito. — Eleccion de Clemente XIII. — Su carácter. — Quejase el General del Instituto, Lorenzo Ricci, del cardenal de Saldanha y de las medidas tomadas sin oír á los acusados. — Destierro de los PP. Fonseca, Ferreira, Malagrida y Torres. — El P. Jacobo Cámara. — Atentado contra la vida de José I. — Es acusado el marqués de Tavora. — Es preso con su familia después de tres meses de silencio. — Motivos secretos del odio de Pombal contra los Tavora. — El tribunal de la *Infidencia* presidido por Pombal. — Los Tavora en el tormento. — Acúsase á sí mismo el duque de Aveiro en medio de la tortura. — Acusa también á sus parientes y á los Jesuitas. — Se retracta. — Suplicio de estas familias. — Prision de ocho Jesuitas. — Malagrida, Mattos, y Juan Alejandro son condenados á pena capital. — Manifiesto de José I á los obispos portugueses. — Protestan contra este escrito doscientos prelados católicos. — Son echados los misioneros de todas las colonias. — Falso rescripto para la expulsion de los Jesuitas. — Hácelos salir Pombal en un buque con direccion á los Estados pontificios. — Acógenlos los Dominicos de Civitavecchia. — Intenta Saldanha atraer á su partido á los jóvenes Jesuitas. — Una vez desembarazado de ellos, ocúpase Pombal de su cisma nacional. — El P. Malagrida, sentenciado por crimen de regicidio, es quemado como hechicero. — Proscripcion de la Compañía de Jesús en Portugal. — Los Jesuitas encarcelados. — Carta del P. Kauten. — El ejemplo de Pombal alienta á los adversarios de la Sociedad. — Resucítanse todas las antiguas calumnias. — Inventan un P. Enrique quemado en Amberes. — Ambrosio Guis y su herencia. — Falso decreto del Consejo. — Los Jesuitas condenados á la restitucion de ocho millones. — El P. Girard y Catalina La Cadière. — La joven iluminada y el Jesuita crédulo. — Intrigas de los Jansenistas. — El parlamento de Aix absuelve al P. Girard. — Muere Chamillard apelando de la bula. — Milagros realizados en su tumba. — Resucita. — Su carta.

En tanto que la Sociedad de Jesús no se vió precisada á luchar mas que con la crueldad instintiva de los salvajes ó contra la oposicion periódica de los Hugonotes, Universitarios y Jansenistas, viósele triunfar de los ataques, y aun muchas veces introducir la division ó la vergüenza en el campo enemigo. Parapetada en el principio de autoridad que no temia proclamar bajo cualesquiera forma de gobierno, habia hasta entonces, con muy raras excepciones, encontrado en los jefes de los pueblos un apoyo constante, y una inteligente proteccion que redundaban en provecho de las naciones y de los príncipes: en Roma, centro del catolicismo y de la piedad, imperaba á favor del martirio ó de la humildad, así como por los servicios prestados á la educacion ó por su gloria literaria, y la Santa Sede la presentaba en sus pugnas teológicas como la vanguardia y sagrada falange de la Iglesia. Pero, al lado de una nueva escuela que minaba los tronos, al paso que adu-

laba á los reyes, y que destruía la moral, calumniando la virtud y ensalzando el vicio, habian visto á los soberanos inocularse incautamente en un sentimiento de temor y de egoismo. Aletargados en el trono, solo trataban de vivir felices, sin cuidarse, ni aun siquiera pensar en que esta felicidad pasajera seria la muerte de su imperio. Para que no se les perturbase en su real indolencia, dejaban escapárseles uno á uno de sus manos todos los resortes del poder público: aniquilábanse para el bien, y solo desplegaban una soñolienta energía para consagrar el mal.

En este decaimiento de la fuerza social, en esta descomposicion de la autoridad, que los filósofos del siglo XVIII, nacidos en una orgia de la regencia, hicieron aceptar como un progreso, los Jesuitas fueron designados como el blanco de todos los odios: era indispensable remover este obstáculo para llegar al corazon de la antigua unidad, y no escasearon los medios. Los incrédulos tuvieron fe en la Iglesia, los galicanos convinieron en proclamar la infalibilidad del Pontífice; y en una palabra, aproximáronse tanto los extremos, que no tardó en formarse una liga de todas las vanidades, de todos los ensueños, de todos los errores y de todas las preocupaciones; pasando á engancharse en ella los ministros de los reyes y los enemigos de las monarquías, los propagadores de la impiedad y algunos prelados cuya capacidad no se hallaba al nivel de las virtudes turbulentas. La Santa Sede habia entrado en la funesta senda de las concesiones. Amante de la paz, dejábase despojar de sus derechos, sacrificaba su iniciativa á necesidades facticias, y contemporizaba con las pasiones con ánimo de calmarlas ó dirigir las al menos.

La Compañía de Jesús habia señalado en Europa este manantial de desórdenes intelectuales, oponiéndose á él ya con arrojo, ya con moderacion, segun las circunstancias; habia luchado contra las sectas separadas de la comunion romana, y luchaba aun contra el jansenismo, que fomentaba la guerra civil en el seno de la Iglesia. Pero estos eternos adversarios acababan de aumentar sus filas con un nuevo aliado. Era este el filosofismo, que marchando mas francamente á su objeto, atacaba á todas las religiones establecidas, haciéndose un arma de sus disensiones interiores para citarlas ante el tribunal de sus poetas eróticos y de sus hinchados oradores. Proclamando los nuevos maestros como un principio inconcuso la indiferencia y la virtud especulativa, for-

jábanse un Dios y un mundo á su capricho, para quienes estaban de mas la fe y el culto, y se colocaban en un terreno todavía no explorado. Su ingenio siempre mordaz prodigaba el sarcasmo á las cosas mas sagradas, enconando las querellas entre el episcopado francés y los parlamentos, y ridiculizando las cédulas de confesion y la denegacion de Sacramentos¹, grave cuestion que

¹ Las dificultades que se originan en materias de fe ó disciplina eclesiástica, á mas de ser siempre serias y delicadas, arrastran en pos de sí algunos riesgos, y aun á veces evocan revoluciones. El asunto de las cédulas de confesion y la denegacion de Sacramentos tenia un doble origen, ó lo que es lo mismo, participaba del foro interno y de las leyes civiles. La bula *Unigenitus*, solicitada por la Iglesia de Francia, y particularmente por Bossuet y Fenelon, como único medio de poner un término al jansenismo, no llenaba tampoco el objeto que se propusiera; puesto que, aun cuando Luis XIV, el Regente y Luis XV trataron de aceptarla desde luego de consuno con los parlamentos y la casi unanimidad del clero, todavía se encontraron algunos obispos y un cierto número de eclesiásticos regulares y seculares que se hicieron apelantes. Hemos dicho ya hasta qué punto habian llegado estas materias bajo la regencia de Felipe de Orleans, sin haber omitido la parte que les cupo á los Jesuitas; réstanos ahora referir en pocas palabras el origen de la denegacion de los Sacramentos. Atribuyóse á los Jesuitas; pero estudiando á los escritores del jansenismo, no podrémos menos de sorprendernos al saber que no fueron por cierto los individuos de la Compañía los inventores de estas precauciones, ni por consiguiente los que las condujeron hasta el abuso.

« En 1720, dice Dorsanne en la página 64 del tomo II de su *Diario*, mandó el subprefecto de policía (Baudry) comparecer en su presencia á cerca de « trescientos Jansenistas, sacerdotes la mayor parte de ellos, de los que un « gran número fueron desterrados. » Y nombrando en seguida al autor de semejante acto, añade: « Este proceder solo fue obra del P. La Tour, general del « Oratorio. » El abate Couet, confesor á la sazón del cardenal de Noailles, y uno de los agentes mas activos de la secta, « deseando, prosigue el mismo autor, « hacer participe al abate Dubois de este procedimiento, redactó su plan y se lo « envió. » Queda, pues, sentado que no fueron los Jesuitas los que persiguieron á los Jansenistas, sino que los sugetos mas moderados de este partido acorralaron á los exaltados. La primera denegacion de Sacramentos (no nos separamos un ápice del testimonio de Dorsanne) tuvo lugar en 1721, época en que el párroco de San Luis en-*l'* Ile se negó á administrar al oratoriano Lelong, que no queria retractar su apelacion. El segundo ejemplo de esta repulsa fue señalado en la ciudad de Arles por los años de 1722 del modo siguiente: Próximo á morir el abate de Boché, uno de los apelantes, llamaron al P. Savornin, de la Orden de Santo Domingo, para que le asistiese en este momento supremo; pero habiéndose negado á absolverle, pasó á verificarlo otro sacerdote, que por este solo acto vió fulminarse contra él el entredicho del arzobispo. Habiéndose multiplicado estos hechos, no tardaron en exigir de los enfermos las cédulas de confesion para saber si habian sido administrados por un sacerdote orto-

Voltaire sepultó bajo el peso de sus bufonadas. Los filósofos del siglo XVIII, que tendian por todas las vias posibles al exterminio de las ideas piadosas franqueando incesantemente otras nuevas á su necesidad de destruccion, visto que el catolicismo era la religion mas inmutable y popular, concentraron contra ella principalmente todos sus esfuerzos. Es verdad que, á vista de tantos preparativos no pudo encubrírseles á los Jesuitas, que unos asaltos tan diestramente combinados debian acarrear un golpe funesto á la Sociedad; pero precisados á resguardar la fe de los pueblos, lanzáronse á la arena, y sin reparar en la fuerza de sus enemigos, combatieron con la pluma y con la palabra. Estas doctas discusiones, á que invitaban á los novadores el P. Berthier y demás discípulos de san Ignacio, podian muy bien embarazar su

doxo. Aun contrayéndonos á nuestras ideas de tolerancia, esta medida no podrá menos de parecer legitima á los ojos de todo hombre que comprenda con bastante latitud la libertad para conceder á los otros el derecho que se otorga á sí mismo; puesto que aquel que trata de vivir y morir católico, debe someterse á las prescripciones de la Iglesia católica, que á nadie obliga á aceptar su fe, pero que rechaza de su seno al que no se ha dignado ingresar en él. Y sin embargo, esta medida relativa á las cédulas de confesion llegó á producir resultados tan funestos, que ignoramos si merece aprobacion ó vituperio. Colocabábase los Jansenistas en una situacion particular, que ninguna secta habia adoptado aun. Mientras que los herejes, al separarse de la Iglesia, se vanagloriaban de haber roto con su comunión y unidad, y se hubieran avergonzado de participar de sus Sacramentos, los Jansenistas, mas osados y pérfidos, osaban apellidarse hijos suyos, y sostuvieron su dicho hasta en los brazos de la muerte.

El uso de las cédulas de confesion con respecto á los enfermos está expresamente establecido en los Consejos de san Carlos Borromeo y en uno de los concilios de Milan: habiábase consagrado la asamblea del clero de 1654, y el mismo cardenal de Noailles recomendó su observancia. Los Jesuitas en estas circunstancias no hicieron mas que poner en ejecucion lo preceptuado por el episcopado francés. Hase pretendido que ellos habian inspirado y conducido esta medida hasta rayar en el extremo; pero tambien esta acusacion carece de pruebas. La inmixtion del Parlamento en estos negocios puramente de conciencia, y que no pertenecen al dominio de la política, hizo el mal incurable; ora porque, prestando á los Jansenistas un imprudente apoyo, que rayó en sacrilegio, dió motivo á la profanacion de los Sacramentos, condenando á los párrocos á dispensar la absolucion á unos hombres que declaraban perseverar en el error, como porque obligó muchas veces á los sacerdotes á conducir el Viático entre soldados, requeridos por la fuerza judicial para que la ayudasen á sancionar sus culpables condenas. Este escándalo invadió la Francia desde el año 1738 al de 1750: concedia á los enemigos de la Religion el derecho de burlarse de ella y ultrajarla: la debilidad del Gobierno hizo lo que faltaba.

marcha, puesto que los impelían á descubrir antes de tiempo sus baterías secretas, al paso que ilustraban al Gobierno acerca de unos proyectos cuya existencia hubiera importado tener oculta; pero hostil el Parlamento á los filósofos, proscribía con una mano las obras que provocaba con la otra. Rígido é implacable como corporación contra las doctrinas impías ó revolucionarias, aplaudíalas individualmente; y dejando aflojarse el freno moderador de los pueblos, dejaba pasar todas las ideas subversivas con tal que tendiesen estas á suscitar una guerra sorda ó patente contra los hijos de Loyola. Empeñados en una lucha sin dignidad, y parapetados en el apoyo que la magistratura les ofrecía, avocaban los Jansenistas á la barra de la Cámara alta cada uno de los conflictos sacerdotales; y á pesar de que vivían en oposicion con la ley católica, querían morir penitentes y absueltos por ella. Negaban su autoridad soberana, y por una irrisión de la conciencia, apelaban á sus últimos momentos para insultarla y comprometerla.

Esta situación intolerable prestaba armas á todas las pasiones; todas ellas tenían en continua alarma á la malignidad pública, merced á sus continuas declamaciones contra la denegacion de Sacramentos. Los obispos, el clero y las órdenes religiosas llenaban un deber; en su cumplimiento existían quizás algunos abusos, excesos si se quiere; ciertos sacerdotes llevaban las precauciones hasta el extremo de la intolerancia: los Jansenistas y filósofos no veían en todo esto mas que la mano de los Jesuitas, y estos quedaron entregados al odio general. Los Jesuitas habían provocado, decían, la promulgacion de la bula *Unigenitus*, y solo á esta constitucion apostólica era indispensable atribuir el origen de todos los desórdenes. Habían encontrado un arma poderosa para batir en brecha á la Compañía, y la empleaban á diestro y siniestro. Coligándose para minar sus cimientos los parlamentarios y enciclopedistas, y concibiendo aun los mas fogosos la idea de disolverla; la tempestad, que se amontonaba al abrigo de tantas inteligencias y tan distintas opiniones, estalló por fin, y en uno de los puntos donde nadie hubiera osado señalarla. El Portugal fue el primero de los reinos católicos que se lanzó á la palestra.

Existía á la sazón en la corte de Lisboa un ministro que, aspirando á eternizar su ascendiente sobre el monarca José I, no temía tenerle en perpetua tutela llenando su imaginación de qui-

méricas conspiraciones contra sus días. Este era Sebastian Carvalho, conde de Oyeras y marqués de Pombal. Nacido en 1699 en la villa de Soure y de una familia oscura, Pombal, porque bajo este título es conocido en la historia, no carecía de energía ni de talentos administrativos. Orgullosa, déspota y vengativo, este hombre¹, cuya impetuosidad degeneraba en violencia, y cuyo vigor intelectual era oscurecido muchas veces por las infames sombras de operaciones hipócritas, de una avidez sin freno, y de una celosa irascibilidad que, de consuno con su carácter, debían arrastrarle á una senda sanguinaria; este hombre, en fin, que durante su permanencia en Alemania é Inglaterra había concentrado en su alma una profunda aversion contra los religiosos y la jerarquía eclesiástica, no emprendía jamás el bien sino á favor de la fuerza bruta. Enemigo declarado de la nobleza lusitana que le había rechazado de su seno, cuando, en 31 de julio de 1750, falleció el monarca Juan V legando la corona á D. José su hijo, comprendió el sublime papel que le estaba reservado. Como la mayor parte de los soberanos de su siglo, era el joven Monarca asaz desconfiado, tímido, débil, voluptuoso, y dispuesto en cualesquiera ocasion á otorgar su confianza al menos merecedor ó al mas cortesano. Pero con todo, para ocupar una de las sillas ministeriales, era preciso contar con la aprobacion del P. José Moreira, confesor del Infante hecho ya rey. Pombal, que todo lo había previsto, y que se hallaba preparado de antemano, logró captarse desde luego la amistad de los Jesuitas²; y como si hubiese

¹ Estaban tan arraigadas la violencia y crueldad en la familia Carvalho, que, aun en el mismo pueblo de Oyeras existía cierto legado que justificaba esta verdad. Hallábase obligado el párroco á rezar todos los domingos, después de la misa parroquial, por tres veces seguidas, la oracion del *Pater noster* de consuno con los fieles, suplicando al cielo que los librase del furor de los Carvalho.

² En la *Historia de la caída de los Jesuitas*, por el conde Alexis de Saint-Priest, pág. 25, se leen las siguientes líneas: « Al perseguir á los Jesuitas, no « trataba él (Pombal) de acusarlos como miembros de un Instituto culpable, « ni menos de acriminarles de profesores de máximas inmorales; reprochábales « únicamente el no ser tan fieles como sus antepasados á los principios de « san Ignacio, gloriándose al mismo tiempo de pertenecer á la Orden tercera « de Jesús y de observar exactamente sus Estatutos. » En cuanto á la primera parte de su proposicion dice completamente la verdad el historiador de la *Caída de los Jesuitas*; pero no es menor la equivocacion que padece en la segunda. En la Sociedad de Jesús no ha existido jamás Orden tercera, ó lo que es lo mismo, jamás ha tenido afiliados como los Franciscanos, Dominicos, etc.... Una

querido insinuarse en su aprecio por medio de piadosas exterioridades, había vestido por su mano á su segundo hijo todavía niño con el hábito de la Compañía. El P. Moreira, que, como muchos de sus colegas, no creía en la hipocresía, deslumbrado sin embargo al observar el celo de Pombal, y no viendo en él mas que sus brillantes cualidades, cayó, por no haber tratado de sondear los vicios de este carácter y las duplicidades de esta ambición, en el lazo que le tendiera la intriga. Elevado en breve al empleo de secretario de Estado de Negocios extranjeros el hombre á quien siempre había tenido Juan V separado del poder, no tardó en ocupar el de primer ministro, ó, como él se complacía en escucharlo de sí mismo, el de Richelieu del Luis XIII portugués.

Perfecto conocedor del carácter receloso de su Soberano, y llegando á figurársele que, si desde luego se presentaba á sus ojos como víctima, se granjearía mejor su estimación, le hizo firmar en el mes de agosto de 1754 un decreto, en el que se decía «que podía venir el caso en que un ministro de Estado fuese asesinado por cualesquiera intrigante.» Puesto en parangon semejante atentado con el crimen de lesa majestad, Pedro Gonzalez Cordeiro, el *familiar* de Pombal, recibió el encargo de formar continuas é ilimitadas informaciones. Ni Sejano en los dias mas venturosos de su tiranía había llevado tan adelante el desprecio de la humanidad. Sin cuidarse siquiera de disfrazar sus arbitrariedades, Pombal había sembrado de cárceles las riberas del Tajo, sumiendo en ellas á cuantos le eran odiosos ó sospechosos, bien fuesen sacerdotes, hidalgos, religiosos ó ciudadanos. Alentaba el espionaje; estimulaba la delación; tenía la asalariada, y al momento que concebía la mas leve sospecha, denunciábala como realidad. El Monarca, á quien no costaba dificultad el persuadirse que, si la vida de Pombal se hallaba en un continuo riesgo, no

Orden tercera es una especie de asociación religiosa, unas veces encerrada en el claustro, y otras viviendo en el mundo, pero siempre ligada al menos por el voto de castidad y compuesta por consiguiente de personas célibes. Pombal no podía pertenecer á ninguna sociedad de esta clase, puesto que se hallaba casado en segundas nupcias con una sobrina del feld-mariscal austriaco, conde Leopoldo de Daun. De donde se sigue que Mr. de Saint-Priest y los autores en quienes se apoya padecen un grave error; ó tal vez hayan querido hablar de alguna congregación, tal como la de los Nobles ó de la Buena Muerte, establecidas por los Jesuitas en las grandes poblaciones, y cuyos miembros se reunían una ó muchas veces en la capilla de la Asociación.

debía ser menos cierto el que corría la suya, tembló, y dejó pasar sin exámen las iniquidades de su ministro. Temiendo este último á los contradictores, ó mejor dicho, temiendo que ajenos labios revelasen al Soberano el misterio de terror que le envolvía, sumió en los calabozos á varios sugetos cuya franqueza le parecía capaz de perjudicarle; y los demás se aprovecharon de esta lección. No se le ocultaba la imposibilidad de alucinar por entonces á los Jesuitas, cuya prudente actitud, agrégada al inmenso crédito que se habían granjeado en la corte, entre los magnates y el pueblo, debía perderle tarde ó temprano. Esto le resolvió á tomar la iniciativa; y como se hallaba dotado de un carácter audaz, y no veía en derredor suyo mas que hombres apocados, se propuso obrar sin reflexión, que era el mejor medio de asegurar el triunfo. Cinco individuos del Instituto se compartían á la sazón la confianza de la familia real: Moreira, director espiritual del Rey y la Reina; Oliveira, preceptor de los infantes; Costa, confesor de D. Pedro, hermano del Monarca; Campo y Aranjuez, de D. Antonio y D. Manuel, tíos del mismo Soberano.

Convencido el Ministro de que no le sería posible obtener por la violencia el extrañamiento de los Jesuitas, llamó en su apoyo á la intriga; é inspirando la sospecha en el ánimo del Monarca, llegó á persuadirle de que su hermano D. Pedro trataba de representar en Portugal el papel de todos los infantes de su nombre, y que, secundado por los hijos de Loyola, trabajaba por conquistarse una gran popularidad. No era menester tanto para introducir la alarma en el corazón de José: Pombal había asociado el nombre de los Jesuitas al de su hermano, cuya gracia caballerosa era objeto de envidia á los ojos del Soberano. Observando el Ministro los progresos que semejante idea hacía en un corazón sobre el que había asegurado tan completamente su imperio, y proponiéndose sacar partido de una primera calumnia, trató desde luego de alimentar su imaginación con las máximas vertidas en todas las obras que se escribían contra la Sociedad, encargándole el mas inviolable secreto respecto á su lectura, que tuvieron para el Príncipe el atractivo inherente al fruto prohibido. Después de aventurar sobre el Soberano una experiencia que le había salido á pedir de boca, la ensayó sobre el pueblo, inundando el Portugal de obras que, en diferentes épocas, habían tenido por objeto infamar á los Jesuitas; y cuando estuvo seguro de que na-